

MATEO 9, 27-34

- ²⁷ Al marcharse Jesús, le seguían dos ciegos dando voces, diciendo:
- Ten piedad de nosotros, hijo de David
- ²⁸ Entrando en la casa se le acercaron los dos ciegos y Jesús les dijo:
- ¿Creéis que yo puedo hacer esto?
Le respondieron:
- Sí, Señor
- ²⁹ Entonces tocó sus ojos diciendo:
- Hágase en vosotros según vuestra fe
- ³⁰ Y se abrieron sus ojos. Jesús les advirtió con tono severo:
- ¡Cuidado con que nadie lo sepa!
- ³¹ Pero al salir, hablaron de ello por toda la comarca
- ³² Salidos ellos, le presentaron a Jesús un endemoniado mudo.
- ³³ Y expulsado el demonio, habló el mudo. Y la gente, maravillada, decía:
- Jamás se ha visto nada igual en Israel
- ³⁴ En cambio, los fariseos replicaban:
- Este echa los demonios con el poder del príncipe de los demonios

CUANDO LEAS

♦ Jesús vuelve en este momento a Cafarnaún y dos ciegos lo siguen. La restauración del Reino se describía a menudo afirmando que los ciegos verían, los oídos de los sordos se abrirían, las lenguas de los mudos cantarían con gozo (Is 29,18; 35, 5-6) Tales signos quedan ilustrados con curaciones milagrosas en los dos relatos de hoy.

♦ El grito de los ciegos, “*Ten piedad de nosotros*”, es el grito habitual de los afligidos en los salmos de David (6,2; 9,13, etc). Al llamar a Jesús “*Hijo de David*”, los ciegos expresan su esperanza de que Jesús sea el mesías davídico prometido que traiga la justicia también para ellos. Tal expresión se interpretaba generalmente en sentido político y nacionalista, sentido que Jesús deseaba ciertamente evitar. Como en la profecía de Isaías, estas curaciones físicas siempre suponen curaciones de la ceguera espiritual, para que los curados “vean a Dios” (5,8).

La orden terminante que Jesús da, “**Cuidado con que nadie lo sepa**”, se relaciona con la forma en que ellos equivocadamente entienden su mesianismo.

♦ El término griego que hallamos en el segundo relato de curación significa a la vez “sordo” y “mudo”, pues ambas dolencias solían ir unidas (p.ej. Is 35,5-6). Una vez más, los padecimientos se atribuyen a influencias demoníacas que Jesús ha de exorcizar.

♦ El asombro de la gente ante el poder de Jesús es el clímax adecuado para el relato de las obras mesiánicas (que se narran en los siguientes versículos). En cambio, los fariseos aducen que Jesús los está engañando con su propio poder demoníaco (como en 12, 22-32).

CUANDO MEDITES

♦ *Jesús* nuevamente está *en camino*, siempre en camino. Con sus hechos y palabras no cesa de anunciar que no ha venido para unos pocos sino que su salvación alcanza a todos, no hay límites para la Buena Noticia de Dios. Contempla a este hombre que camina de aquí para allá, sin prejuicios, sin poner etiquetas, sin juzgar... a los muchos que encuentra. Su único equipaje es un corazón compasivo y una inigualable mirada de amor; el suficiente para aliviar siempre.

♦ En su camino lo esperan *dos ciegos* que tras sus pasos y sin temor alguno *levantan la voz*. Su necesidad, su dolor, su limitación, su tragedia... es tan grande que no dudan en alzar un grito de auxilio entre aquel gentío. Un lamento desgarrador y confiado. Saben ante quien se encuentran, sus pasos les llevan bien *cerca*. Por eso Jesús les dirige una pregunta que pone aún más a prueba su confianza. ¿Realmente creían que podía?

Detente y entre tus peticiones escucha lo que Jesús te dice: **¿Crees que yo puedo?** Busca en tu corazón la razón por la que acudes a Él. ¿Qué harás si te lo concede? Entra en la entraña de tu fe; no temas, no te juzgues.

Ellos sin dudar lo afirman sencilla y rotundamente. ¿Podría yo hacer lo mismo? Tal vez no consiga responder con tanta prontitud y confianza. Quizás sí porque mi fe es honda, sin intereses escondidos. Tal vez deba gritarle que se apiade de mi fe vacilante y temerosa.

♦ Jesús no tardó en responderles con un gesto sencillo y portador de vida, acompañado de unas breves e intensas palabras que les devolvían todo. **“Hágase según tu fe”**. Considera como en nuestra fe está la sanación, en nuestra confianza en Dios el poder vivir de un modo u otro. La de aquellos dos israelitas desencadenó su propia curación. Se abrieron sus ojos, se esclareció lo confuso, se difuminaron sombras, sus pasos iluminados recobraron seguridad y energía

♦ **¡Cuidado que nadie lo sepa!** Jesús no es persona secretista o misteriosa, ni lo suyo es aparente humildad. El Maestro sólo ha salido sin demoras al encuentro de dos criaturas necesitadas que se han cruzado en su camino. Lejos de triunfalismos y exhibicionismos, exige silencio para que no se confunda su mesianismo; una fuerza que actúa sólo desde el amor.

♦ **Presentaron a Jesús un endemoniado mudo**. Nadie pronuncia palabra alguna; pero la debilidad de un ser humano mueve las entrañas compasivas y arranca de Jesús esa fuerza sanadora que lo rehabilita. La persona libre, en paz. La lengua que se suelta y recupera la palabra. Una criatura sin opresiones dominadoras que le impidan elegir, actuar, comunicarse. ¿Necesitan los que acuden a mí complicados discursos de persuasión o salgo al encuentro de los demás sin que me lo pidan? Y ante Jesús, ¿cómo me presento? Puede que con abundante palabrería o justificaciones, quizás llana y sencillamente...

♦ Los que lo han presenciado se **maravillan**, son capaces de alegrarse. Los fariseos aducen que en él residen las fuerzas del mal. ¿Cuándo se enterarán que el mal sólo puede ser vencido por el bien y que la luz disipa y acaba con todas las tinieblas?

Puedo maravillarme o justificar las múltiples obras que a diario acontecen. Posiblemente todo me resulte normal. Abramos los ojos a los dones incesantes de la vida, a lo que me es posible obrar, amar, vivir y ser; al amor de Dios derramado en tu historia, tu entorno, la humanidad...

CUANDO ORES

♦ Contempla a Jesús por el camino y acércate. Háblale de lo que tanto te duele, te tiene turbado, cegado, debilitado, paralizado, aislado... Díselo con ganas. Que tus entrañas clamen: **“¡TEN PIEDAD DE MÍ, JESÚS, HIJO DE DAVID!”** Ponte ante él como un mendigo. Invoca su misericordia sobre tus faltas y omisiones, sobre las sombras y debilidades de tu vida. Renueva así tu esperanza en el único que **“es nuestra paz”**.

♦ Ora también sintiéndote familia y comunidad necesitada, Iglesia débil y pecadora. Siéntete hermano de la humanidad e invoca desde el corazón: **“¡Ten piedad de nosotros!”**, porque conoce nuestros roces y orgullos, los que malogran nuestras relaciones y nos quitan la paz. No te canses de clamar esta oración. Te irás haciendo más comprensivo, paciente, misericordioso...

♦ Que tus oídos y corazón se abran a la Palabra sanadora: **“Hágase según tu fe”**. Empápate de esas palabras dejando que hallen en ti su morada. Y tu fe seguirá salvándote, liberándote, sosteniendo tus pasos, dando sentido a tu existencia. Agradece la luz de la fe y cultívala.

♦ Suplica a Jesús te conceda comprender su mesianismo y no buscar poder, reconocimientos humanos, deslumbrar; sino vivir en la verdad y con hondura, con coherencia y en servicio.

♦ Agradece el don de la palabra y la posibilidad de expresarte. Presenta a los que no la poseen en nuestro mundo debido a su sexo, edad, status social o religioso, nivel económico...

♦ Maravíllate y proclama tantos prodigios acontecidos en tu existencia. Da nombre a las personas, realidades, oportunidades... que te liberan, te ofrecen luz, te miran, te devuelven la palabra. Pide la gracia de vivir en constante admiración para que la rutina no te adormezca.

♦ Ponle nombre a las personas de las que desconfías, juzgas o miras con prejuicios sin conocerlos de verdad. Vivan cerca o no. Ora por ellas. Ahora pide por ti y no seas tan obstinado.

**¡Ten piedad de nosotros y concédenos una mirada lúcida, serena y amorosa
sobre nuestra vida y el mundo entero!**